

¿Qué harán las mujeres?*

Indudablemente, el periodo de evolución en que se halla el mundo, ha de traer sorpresas inauditas, así como para el cambio de conceptos, también para la ruta de costumbres.

Entre tanto la metamorfosis se produce y después del periodo de descomposición, cuando venga el renacer de un mundo nuevo que en estado caótico parece germinar ya en las conciencias, la mujer, - sobre todo “la nuestra” a la que quiero referirme especialmente - camina a la zaga del hombre, quiera o no.

¿Por qué? No ha cuidado de sí misma. Y cuidar de sí misma no era en este caso entregarse a una pura egolatría, era ... ¡pensar en todas! .

Es así como recabará la fémina sus postergados derechos, si extiende su acción bienhechora a la colectividad. Lo que hoy una mujer no necesita, puede hacer falta a otra, y con este propósito debe pensar y extender sus afanes de mejoramiento para el sexo.

Aquí, en España donde tantas asociaciones de mujeres se acumulan con mejor o peor propósito, falta sin embargo la Asociación-Madre, que conecte en un mismo sentir de bien común las fuerzas diseminadas en muchos intentos, - fructíferos o vanos, que ahora no vamos a discutirlo -. Ninguna asociación de carácter laico formada por mujeres de uno u otro bando, prospera en el bien y medida que era deseable. Las que en política actúan para recabar derechos civiles, apenas si han adelantado un paso: las que aspiran a la acción altruista y humanitaria, apenas si consiguieron fundar obra persistente de inmediato resultado. ¿Es que nuestras mujeres están incapacitadas para lograr y llevar a cabo obras de envergadura insenescente y amplia? No. Es simplemente que las mujeres de nuestro país cuando dirigen un núcleo, siquiera sea como “cabezas de ratón” - imitando a los hombres acaso-, ya no quieren unirse. El mal nacional está en este terrible

* Artículo publicado en *Mujer*, n° 2, 13/6/1931, pp.1-2, en la sección “La mujer en la acción social”. La revista, dirigida por Santiago Camaras, llevaba como subtítulo “Revista ilustrada semanal dirigida exclusivamente a la mujer” y se publicó en Madrid de junio a diciembre de 1931. No se conocen las razones de la interrupción, así como permanecen desconocidos tanto los fundadores como los financiadores. La revista tenía un solo colaborador y treinta y seis colaboradoras, entre las que destacan los nombres de Concha Espina, Margarita Nelken, *Magda Donato*, Carmen de Burgos, Rosa Arciniega, Matilde Muñoz, Matilde Ras y la responsable editorial Ignacia Olavarría. *Halma Angélico* colabora de forma asidua con la publicación y este artículo es el primero de una serie de tres, con el mismo título, en los que nuestra autora critica duramente a las asociaciones de mujeres que, ya sean de derechas o de izquierdas, cristianas o laicas, carecen de unidad y abundan en egoísmo y en vanidad personal. La escritora toma posición con respecto a las muchas divisiones y rivalidades que existían en el mundo del asociacionismo femenino de la época y aboga por la necesidad de que las mujeres recobren la unión y luchen por los derechos de todas, incluyendo a las que en peor situación se encuentran, - como las prostitutas a las que alude al final del artículo - sin pensar solamente en las necesidades y las exigencias de una parte restringida de la sociedad femenina.

anquilosamiento a que conduce el “miedo” a permanecer en el anónimo. El esfuerzo no se presta si no es para sobresalir, lucrarse o destacarse al menos, y no existe la noble aspiración unitiva que conduce a los grandes y definitivos triunfos. En las mismas asociaciones religiosas vemos el ejemplo ductriz. Todas han tenido una “cabeza visible”, digámoslo así: el fundador o el santo que las inspiró - con un alto ideal de eternidad por supuesto, pues connatural al hombre es perpetuarse en carne o en espíritu y para eso labora aún sin proponérselo - pero, aparte de esa figura, ubicua en cada uno de los adeptos, que los atrajo o reunió, sin la cooperación mínima o inmensa de individuos que voluntariamente, a impulsos de una exaltación divina, como savia prepotente y alible las fué enriqueciendo de vitalidad, no hubieran sobrevivido. Mas esta ayuda mútua, esta conexión de sentimientos para un fin determinado, ¿cómo fue?; ¡anónima!, callada siempre en cada uno de los miembros que cooperaban a un fin, con la renunciación abnegada del lucimiento individual. Así fué en esas asociaciones y así sigue siendo. Se ha dicho que “tener un ideal es tener una razón para vivir”. Exacto, sin este ideal, la colectividad y el individuo irremisiblemente perecen. Cuanto más grande el ideal sea, cuanto más abarquen sus propósitos, el acumulamiento de energía que se ponga en ellos ha de ser mayor. ¿Es que los ideales de nuestras mujeres fecundan solo las muy limitadas aspiraciones de su bien personal? Muy respetable que así fuera, y vuelvo a repetir que pensando en el bien propio atenderían al bien universal. Universal, sí. Porque así como el hombre, en sus leyes y en sus derechos ha pensado muy poco en los que podían favorecer a su compañera, ella, no puede ¡nunca! excluir de sus bienes, de cuanto bueno llegue a conseguir, al hombre. No hay que olvidar que el varón es más de la mujer, que la mujer del hombre.

¿Qué harán las mujeres ahora, preparándose para recabar los bienes que de justicia les son debidos? Es este el momento de laborar preparando el tempero para cuanto se haya de recolectar o exigir mañana. ¿Es que ya está ella apta para recibir la paridad en leyes y hasta la hegemonía si se la concedieran hoy mismo? Triste es confesarlo, pero – hay que ser valientes para “reconocerse” y es la mejor manera de enmendarse – no, no está la mujer española en general, preparada para asumir la responsabilidad de sus actos y determinaciones civiles. Claro que se dirá que muchos hombres no lo están tampoco. Es cierto. Pero esto no hace al caso. Porque si la mujer ha de actuar torpemente, bien está como se halla y... esperemos.

¿Qué remedio sería el más urgente para evitar y preveer este mal? No hay que dudar. La unión. La unión de los espíritus sanos de propósitos, no contaminados con la

vanidad de querer sobresalir. La unión con el altruista o cristiano ideal de sentirse “una para todas y todas para una”. La unión dispuesta a la práctica de toda iniciativa que sirva para mejorar la condición de la fémina, atendiendo no el origen de donde vinieren, - izquierdas o derechas – sino el fondo de la frase “no mires quien lo dijo, sino lo que dijo”.

La unión que acabe con todo lo injusto que el hombre estableció y que conserva por y para su egoísmo, con desidia e incomprensión.

Y pidan las mujeres sobre todo, con toda la fuerza que haya en la bondad de sus almas, ¡la abolición del más inicuo ultraje, que se hace al sexo!

No es culpa de “todas” las mujeres este abandono, sino de aquellas que han pretendido dirigir las sin mostrar las lacras sociales que ellas mismas podían remediar.

Aún es tiempo. Pensad, mujeres, una por una, en todas las mujeres que sufren y no queráis acallar vuestras honradas conciencias con el tópico de que aquellas desgraciadas “lo quieren” así. No, no es cierto. Conscientes o inconscientes, nadie quiere su mal, sobre todo cuando se conoce el bien. Y este, este es el que todas tenemos el deber de dar a conocer a quienes lo olvidan o ignoran.

Halma Angélico